diatamente llamaran al niño! ¡Y cómo al presentarse Andrés, Felipe había ocultado detrás de él aquel polichinela blanco y rosa mientras en el brillo de su mirada, dejaba comprender al pequeño, que le tenía preparada alguna sorpresa! ¡Qué alegría había puesto en movimiento aquella figurita infantil al tener á la vista el polichinela, aquel magnífico polichinela, que bailaba, levantaba los brazos, abría las piernas y se reía! ¡Qué feliz era el padre al ver al niño batir palmas de contento! También recordaba Felipe que Sabina, no comprendiendo nada de aquellas encantadoras puerilidades del amor paternal, miraba aquella escena con indiferencia, con su sonrisa de fastidio, con desprecio.

—Diviértete mucho, papá—repetía el niño depositando el juguete en las flacas manos del enfermo.—No te lo presto, te lo doy.

Charrière y Enrique iban con frecuencia á sentarse á la cabecera del enfermo.

Allí se veía siempre á su madre, la anciana señora Marcy, inmóvil, mirando cómo se iba aniquilando su hijo, aquel hijo del que ella había hecho un hombre—un grande hombre, decía ella—y que irremisiblemente se iba de día en día. Francisco trataba de dar á Felipe ánimos que él no tenía, y que, no obstante, parecía encontrar ante el aspecto de aquel moribundo, como se encuentran en presencia de un peligro. En presencia de Marcy el escultor se erguía para no dejar aparecer su infinita aflicción. Se limitaba á presentarse optimista delante de su amigo desesperado.

—Ahora, Felipe, es muy agradable la vida, ¡qué



diablo! ¡los premios de Roma con la pensión del Estado y la renta de Caen, que les espera en París á la vuelta de Roma, son bocados exquisitos! ¡En nuestro tiempo no había eso! pero ¡bah! ¡no por ello dejamos de salir adelante!

*¡Salir adelante!* ¡Cómo mentía el pobre diablo!

Además él había terminado por ser demasiado cobarde, demasiado necio y demasiado vil delante de la inglesa, y con feroz coraje, huyendo de aquel amor que se había apoderado de todo su ser, procuraba rechazar todo lo que le hablase de la Vaughan, y bendecía como si fuera su salud aquella necesidad que le apartaba de su ardiente pasión y le obligaba á ir á ver á Marcy.

Muchas veces iba acompañado de Enrique, el cual había anunciado á su profesor que resueltamente se dedicaba á la pintura, y por completo.

—¡Bravo!—dijo Felipe tranquilamente.—¡Lo contrario hubiera sido una lástima!..... ¡Vuestro camino está trazado, Enrique!..... ¡Llegaréis á tener nombre!..... ¡Y si..... y si algún obstáculo!..... ¡si encontráis una mujer inteligente que os comprenda!..... ¡Pero no!—murmuraba por lo bajo—¡todos los matrimonios no son suicidios! ¿Y qué dice vuestra madre?

—¿Mi madre? ¡El abate Ronchart la suplica que me haga dedicar á la pintura religiosa!

—¡Bah!—dijo Felipe—¡alguna vez basta hacer el retrato de un contemporáneo para representar al Crucificado!

Por aquel tiempo acababa de abrirse la Exposición. Desde el fondo de su cama Felipe veía las agitadas últimas horas del tiempo señalado para la

admisión de los trabajos: los cuadros que llevaban y que subían por la ancha escalera de piedra del Palacio de la Industria, saludados por las chirigotas de los granujas, por los mortificantes chistes de los bromistas que no reparan que muchas veces les está oyendo el autor á quien aquella mofa hace el mismo efecto que si le clavaran un puñal en el corazón; luego el *barnizado*, en el que figura todo París y se señalan los que tienen probabilidades de obtener el premio, y por fin, la apertura, con la apiñada multitud, las apreciaciones que se emiten, los saludos, las murmuraciones, las buenas palabras de todo aquel mundo de pintores, de aficionados, de críticos que se encuentran, se saludan, se cumplimentan, y se destrozan.....

El enfermo hacía que le trajesen los periódicos para leer las noticias de artes, las críticas. Su *Piedad*, que figuraba en la sala cuadrada, se consideró desde el primer día como el trabajo más notable.

Aunque desde lejos, el moribundo adivinaba que no estaba distante su desquite del poco éxito que había tenido el cuadro de la *Caridad*. Era feliz. ¡Se sentía fortalecido, consolado, salvado!..... ¡Por fin! ¡Volvía á ocupar su puesto, recobraba su rango!

Al leer uno de aquellos artículos lanzó un grito.

Acudió su madre.

—¿Luego ha muerto Elena Gervais?—dijo con voz ahogada.

En efecto, la crítica recordaba, á propósito de la *Piedad*, que aquella extraordinaria figura evocaba la imagen de la pobre señorita Gervais, que tan brillantemente había comenzado su artística carrera y tan prematuramente había desaparecido, enterrada allá en un cementerio de Lyon.....



—¿Muerta?

—Sí—respondió tristemente Valeriana.—Te lo habíamos ocultado sabiendo que esta noticia había de impresionarte demasiado.

—¡Muerta!

Hasta la noche no volvió á pronunciar una palabra.

¡Elena había muerto!

¡Le parecía que aquella esperanza naciente se hundía, que despertaba de un sueño! ¡Elena muerta! No quiso ya coger un periódico, ni ocuparse siquiera de la *Piedad*, de la exposición, de nada. Cuando se presentó Enrique le habló de Elena.

Las personas que estaban cerca de él se alegraban de que no leyese nada. En efecto, los periódicos estaban llenos con su nombre; pero á éste se unía muchas veces el de Sabina. Sabina había concurrido á la Exposición, presentando lo de siempre, flores, frutas, naturalezas muertas. Ante aquellas maravillas se extasiaban. El *Trivialista* había conseguido poner de moda á Sabina. Esta había aceptado con descaro su nueva situación y la especie de notoriedad escandalosa que se había creado. Reunía en torno suyo á los amigos de Cordier, Baloche, Foubertaille y otros que la dedicaban sus sinfonías ó sus libros. Daba fiestas de las cuales se ocupaba el *Trivialista*. A Cordier no le hacían mucha gracia aquellas reuniones artísticas que contra su pesar presidía, protestando por

lo bajo de que «las encontraba fastidiosas como la lluvia.» En ellas se hablaba más que demasiado de Sabina y poco de él. La celebridad de la señora Marcy, que cada día era mayor, le ofuscaba y concluía por excitarle. Unido á aquella mujer como un presidiario á sus grillos desde aquella *herida tonta*, según él decía, se veía forzado á arrastrar por todas partes aquella pesada cadena que hacía que Baloche dijese, repitiéndolo en casa de Pulcherie:—«Por muy independiente que pretenda ser, al fin Cordier resulta una copia de David: es el autor del rapto de Sabina.»

He aquí por qué aquel trivialista huyó de París con aquella mujer, á la que de cuando en cuando, entre dos traducciones del sanscrito, su padre, el viejo Tournier enviaba unas líneas de tranquila moral. El parisién Cordier tenía *manía* á París. Allí era demasiado conocido; no podía dar un paso sin que le señalaran.—«Mirad, ese es Cordier, el que recibió una estocada de Marcy.....»—La estocada vino á ser su único título de gloria. ¡Ah! ¿y sus cuadros? No se hablaba de ellos; sólo las pinturas de Sabina llamaban la atención.

Mientras Felipe se estaba muriendo, los dos amantes se hallaban respirando las primeras brisas agradables en el Havre, yendo de Orcher á Montivilliers, á todas partes, sin detenerse en ninguna. Cordier se conceptuaba feliz viviendo de incógnito, gracias á lo cual no oía hablar de aquella estocada tan memorable y tan comentada.

—¡Bien!—decía Sabina—¡nos quedaremos para siempre en el Havre!

Sin fijarse en la mala cara que él ponía, Sabina, mostrando el puerto y los barcos anclados en él, añadía:

—¿No es verdad que esto es hermoso, y que da ganas de marchar, de ir más lejos, á donde van estos mares, hacia lo desconocido, hacia lo infinito? ¿Por qué no hemos de partir? ¿Por qué no hemos de desaparecer? ¡Qué agradable sería dejar á París por mucho tiempo, por años á lo menos!

Al oirlo, Cordier meneaba la cabeza, replicando muy vulgarmente:—«¡Bien! ¡Vaya una idea!» —y repitiéndose por la centésima vez, ciego de ira contra sí mismo, que había sido un tonto metiéndose en aquella aventura tan insulsa y soporífera, que carecía ya de todo atractivo. ¡Ah! palabra de honor; de buena gana se dejaría dar otra estocada por poderse sacudir de ella; pero el *mundo* le vería, no el de la *Vieja Esparta* abigarrado y sin importancia, sino el de los clubs que frecuentaba el pintor. ¿Qué diría su Círculo? Para esta sociedad especial era preciso conducirse como un *gentleman*, y retener, al menos por *un tiempo moral* (y el mismo Cordier se reía de la frase), á la comprometida mujer. ¡Qué fastidio, Santo Dios!

También Sabina estaba ya hastiada de aquel amor, hijo del capricho. Se iba acostumbrando á juzgar en lo que valía á aquel parisién cuyos chistes eran estereotipados, á aquel bellaco, cuyo busto, contemplado detenidamente, concluía por aparecer soberanamente pretencioso. No era, pues, de extrañar que sintiese vivísimos deseos de partir, de estar siempre en movimiento, que acariciase la idea de un viaje largo por las Indias y por el Ton-

kin, al centro mismo de aquel *japonismo* de que Emilio Cordier hacía casi uso religioso.

Un día, cuando se volvían al hotel por la calle de París, Sabina se fijó, á la puerta de un café por donde se oían ecos de una música, en un anuncio que la llamó la atención, obligando á Cordier á que le preguntase qué era lo que miraba. Ella le señaló con el dedo un anuncio manuscrito, rodeado de una orla pintada, en cuyo cartel figuraban los nombres de *Pepezat* y *Luis Duret*; *Luis Duret, primer premio del Conservatorio de París, ex-artista del Teatro del Boulevard, piezas de su repertorio.* ¡Luis Duret! Sabina recordaba perfectamente haberlo visto en el Conservatorio en el mismo concurso en que tomó parte Elena Gervais..... ¿Cómo el laureado había llegado tan á menos en tan poco tiempo? ¡Cosa rara! En seguida le entró curiosidad por ver aquello, y arrastrando á Cordier entraron en el establecimiento.

En el fondo del café, que era pequeño, se veía á Pepezat, siempre sonriente á pesar de su visible vejez, y á Duret que cantaba, acompañado al piano por un muchacho pálido de larga y rubia cabellera. Después del fracaso de Brecheux y del cierre del *Teatro del Boulevard*, Duret y Peperat habían buscado con qué vivir; Duret con deseos además de abandonar á París, «donde estaba Claudina.» Uno y otro habían aceptado la colocación que les proporcionaba la Agencia Kriegelstein, Luis sin vacilar y Pepezat con mala gana. Todas las compañías estaban completas. Sólo quedaban ya los teatros extranjeros y los pequeños establecimientos, como aquel café del Havre, donde necesitaban



artistas. Al pronto, eso de cantar en un café no era cosa seductora, pero allí eran libres. Pagaban por su cuenta al pianista—cuatro francos cada noche—y después de cada trozo que cantaban hacían la colecta entre los espectadores. ¡Qué caída! Pero al menos la clientela era buena, y se habían dado casos de cantantes como ellos que se habían hecho ricos. Por otra parte, ¿qué le importaba á Duret? A toda costa quería huir de Claudina, de la coqueta Claudina, que también quería hacerse mujer *de moda* y se exhibía en el *Bois* con Clotilde Verrier; así que cuanto más lejos se fuera, estaba menos expuesto á verla. Por lo que á Pepezat se refería, él pensaba igualmente una cosa muy sencilla, y era que cuanto más se aproximase al público, menos rampa había entre él y los espectadores y más probabilidades de que electrizase con una mirada á la mujer esperada. ¡Oh, una amiga! Ahora ya no pensaba en amores. Una amiga que le hiciera calditos de gallina y le diera abrigo para sus reumatismos. En unión del pianista que Kriegelstein les proporcionó, se presentaron en aquel café del Havre, sito en la calle de París, y allí el pequeño Duret, subido en un entarimado, cantaba con su voz gutural, sin método, pero con mucho sentimiento. El público lo componían marineros de los diferentes países, todos ellos curtidos, bronceados, ostentando en sus gorras el nombre del buque á que pertenecían, y que escuchaban el canto fumando su pipa y contemplando las pintarrajeadas paredes, en las que se veían paisajes, bosques, mares, tempestades, naufragios, combates..... Los cantares que Duret

dedicaba á aquellos marinos se referían todos á la partida del hogar, á la separación de sus novias, despertando en ellos sus dulces recuerdos. Con sus ojos azules, pensativos, los del Norte seguían y escuchaban al cantor, dejando correr su pensamiento hasta Copenhague y Stokolmo, mientras los italianos ó los españoles veían su golfo de Nápoles ó su linda y blanca Cádiz.

En aquella pesada atmósfera, en medio de aquel calor asfixiante producido por las luces, el humo de los cigarros y los vapores de la respiración, la voz del pequeño cantor vibraba y parecía tener una poesía especial. Para él, como para muchos de aquellos silenciosos marinos, las paredes del café no detenían su imaginación, de la cual no se apartaba la risa y la charla de Claudina.

¡Y quién sabe las risueñas esperanzas que aquel pobre cantor, el antiguo premio descendido á tal extremo, despertaría en los cerebros de aquellos muchachos grandes que salían para largos viajes! ¡Quién sabe todo lo que ellos llevaban de aquel café sofocante, cuántos estribillos recordarían en la mar, cuando el viento silbara azotando la arboladura del buque! ¡Quién sabe los gérmenes que, lanzados al azar, brotarían en aquellas almas sencillas, en aquellos cuerpos robustos, y á cuantos de aquellas pobres gentes, alejados de los suyos, batidos por el viento, amenazados por las tempestades, habría consolado, en su destierro intermitente, el infeliz cantante ignorado, el artista hundido, el pobre humilde vencido en la gran batalla parisién, la ruina de París arrinconada en una covacha del Havre!



Y como los marinos, Sabina, meciéndose en sus recuerdos, mientras Cordier bostezaba echando de menos su alcázar de invierno, Sabina, escuchando á Duret, tenía la imaginación en un pasado que mortificaba su corazón; aquel palco del Conservatorio en el que Enrique, temido, contrariado, había entrado y en el que la sagaz coquetería de la mujer creyó haber triunfado por completo de su puritanismo. ¡Ah! ¡aquel Enrique! Por él se había aficionado á aquel Cordier, por su irritante y detestable virtud! Le aborrecía, hubiera querido vengarse de él..... Pero ¡bah! ¿Para qué?..... ¿Qué la importaba á ella, después de haberse separado, extraviada y sin pudor, de aquella sociedad? ¡Una mujer de su valor podía desafiarlo todo! Todavía prefería aquella existencia nerviosa, con sus triunfos en el salón ó en las exposiciones libres, con sus recepciones de *Espartanos* excéntricos, á la monótona vida de la avenida Villiers, donde habían quedado Felipe y el pequeño Andrés, en los cuales no pensaba nunca.

Hasta había sido necesario aquel encuentro de Duret, la casualidad de entrar en el café, para que en el estrépito de su nueva vida, Sabina pensara un momento en su vida pasada. Procuraba evitar que su pensamiento se concentrara en ninguna cosa. Cuando vió á Pepezat que sustituía á Duret en el que podía llamarse escenario, se echó á reir. Duret cantaba lo sentimental y Pepezat la parte cómica. Daba pena ver á aquel pobre diablo, con su triste delgadez, queriendo aparecer gracioso; su voz cascada, cuyos acentos habían sacado de quicio en otro tiempo á sus amigos de Montpellier, re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

sultaba temblona. Precisamente por esto Sabina encontraba muy divertido aquel infernal espectáculo. Se reía, aplaudía, decía á Cordier:

—¡Pero esto es admirable, soberbio!

Y Pepezat, á través de la densa atmósfera del tabaco, observaba aquella linda y elegante parisién, que con sus manos metidas en guantes de piel de Suecia, aplaudía sus canciones.

Una vez que Pepezat hubo terminado de cantar, cogió el platillo y dió una vuelta por las mesas, dando las gracias con dignidad y sin que se le ocurriese mirar nunca lo que cada uno dejaba, como si el pobre diablo hubiese desdeñado las riquezas. Al llegar frente á Sabina fijó su mirada llena de dulzura humilde en aquella rubia bonita que le miraba al través de sus pestañas con rara y perturbadora sonrisa. Ella dejó caer una moneda, en la que él no reparó, viendo únicamente la mano apretada en el guante de color avellana.—Gracias—dijo inclinándose con una modestia simpática—y continuó á otra mesa, llevándose la sonrisa de Sabina y creyendo haber fijado su atención.

Sabina se levantó y salió, seguida de Cordier y del mozo que les acompañaba, inclinándose respetuosamente. Al atravesar la puerta exterior del café, todavía volvió Sabina la cabeza para ver de nuevo á Duret, á Pepezat y al pobre pianista que continuaba tocando. La multitud aglomerada para oir en la parte de afuera se separó para dejarla paso. De pronto, Sabina percibió en aquel grupo á una mujer, una mujer bajita y elegante, pálida, con la cara medio oculta por una mantilla negra, que se aproximó con viveza al mozo que había



quedado parado en la puerta y deslizando alguna cosa en su mano, le dijo rápidamente:

—Decid al señor Pepezat que venga, que hay una señora que pregunta por él.

Al alejarse Sabina se iba riendo. ¡Qué cosa tan rara, aquel bufón haciendo conquistas! ¿Cómo comprendía aquello Cordier? Y bien, á decir verdad, á ella no la admiraba extraordinariamente. Era feo, viejo, parecía tener una necia fatuidad el tal Pepezat, ¡pero era gracioso! ¡Ya es algo saber divertir á una mujer! ¡Ah, divertirse, divertirse! El Havre se le hacía ya pesado á Sabina, proponía dejarlo al día siguiente para volverse á París embarcados hasta Rouen. ¿Está resuelto?—preguntó.

—Como querais—respondió Cordier.

Mientras atravesaban sin hablar palabra la Plaza del Teatro—preguntándose (reflexión rápida y bien pronto olvidada) si en aquel desorden á que voluntariamente se había entregado para siempre, llegaría algún día en que recordase aquellas caídas siniestras—el mozo se aproximó á Pepezat diciéndole al oído que una *señora* le esperaba en la puerta y quería hablar con él.

¡Una señora! ¡*Ella*, voto á!..... ¡La que estaba hace un momento sentada ahí! ¡Esa ú otra! ¡Pero *ella*, la que esperaba hacía tantos años! ¡Era *ella!* Pepezat se levantó vacilante como si sus piernas se negasen á soportar tanta alegría. ¡Una señora! ¡Por fin, por fin tocaba la realización de su ideal, que desde hacía algún tiempo parecía alejarse, sí, alejarse!..... ¿Es joven esa señora? Sí, joven. Bien valía la pena de ir á verla.

Pepezat se dirigió hacia la puerta con una calma

estudiada, dominando estoicamente los violentos latidos de su corazón, y distinguiendo, no obstante, como en una visión la manecita del guante de Suecia que le hacía señas.

Rápidamente desde el dintel de la puerta interrogó la multitud allí agolpada, y ¡con qué feliz ansiedad vió separarse una forma femenina y venir hacia él ligeramente! ¡Con qué emoción sintió apoyarse una manecita, casi temblorosa, sobre la suya!..... ¡También él temblaba, y temblaba mucho! Una voz dulce, una voz agradable que suplicaba, le dijo en tono bajo:

—¡Señor Pepezat, señor Pepezat, yo os lo suplico, decid á Luis que le quiero hablar!

¡Luis! ¡ah, el desenlace!..... Él reconoció aquella voz, y á aquella mujer que era Claudina, Claudina, cuyo nombre se anunciaba para trabajar el día siguiente, en un cartel que en aquellos momentos se había fijado á la puerta del Gran Teatro. ¡Claudina que iba al Havre á dar representaciones de opereta, y que iba sola, sin la madre Hard, á quien un principio de asma había obligado á quedarse en París! Claudina que furtiva—y hasta miedosa—temiendo que Duret «la recibiese mal», suplicaba á Pepezat, al amigo Pepezat, á aquel buen Pepezat, que hablase á Luis en favor de ella y le aconsejara que saliese á saludarla.

—¡Ta, ta, ta!—pensó Pepezat.—¡Vamos, un nuevo castillo de naipes que se vino al suelo!—No temáis nada, voy á decirle.....

Y con la cabeza baja é inclinando la frente se entró, y dirigiéndose á Duret, que ya no cantaba, le dijo disimuladamente:



—¡Claudina está ahí, en la calle! Te espera. ¡Ve á verla!

Después, subiéndose al entarimado, buscó en la mesa vacía el sitio que había ocupado Sabina, y cantó nuevamente, mientras que Luis, muy pálido, corría hacia aquella Claudina que le esperaba, por el capricho de volverlo á ver, obligada á dejar el Havre y regresar sola á París á unirse con la madre Hard. El pobre Pepezat cantó algo gracioso que hizo reir á los marineros, en tanto que á él casi le daban ganas de llorar al pensar en sus aspiraciones burladas.

Felipe Marcy sentía próximo su fin y lo veía venir sin ilusión y sin cobardía, pensando que quizá así se uniría á Elena. Había llegado á no compadecer á la pobre joven. Él no podía vivir, teniendo su vida destrozada. Tanto para ella como para él, no podía ya haber alegría en el mundo. Entre ella y él se interponía la viva. La actriz dejaba el puesto á Sabina. Él, Felipe, lo dejaba á Cordier.

—Tal vez esto sea un castigo para los dos—se decía.—La vida no es alegre; pero dejémonos de pesimismos. ¡Todo tiene su sanción; no hay más que esperar!

Luego, hundiendo la cabeza en la almohada, murmuraba:—«¡Ah! ¡con qué frenesí amaba yo á Sabina!»

Y con cierto despecho rechazó aquellos amargos recuerdos. Tenía necesidad de reposo. Por adelantado y como en una especie de fantasmagoría, le parecía que asistía á una trágica ceremonia: á sus exequias, á las que concurrían sus colegas y

compañeros, por deber ú ociosidad, unos curiosos, otros fastidiados. Se celebraba el oficio de difuntos ante aquella multitud—ó más bien ante aquel grupo indiferente de gentes que cuchicheaban del próximo concierto, hablaban del ministerio en formación, de la última comedia ó del escándalo de ayer.—Él veía, ó mejor dicho, volvía á ver aquel espectáculo al que tantas veces había concurrido. Los cirios ardían delante del tabernáculo de oro que cubría negro paño, en el que se veía una cruz grande de seda blanca. Allí estaría el triste catafalco hasta que terminara la misa que se decía en el altar mayor, á la que asistía el maestro de ceremonias, para señalar con golpes de bastón en el suelo cuándo debían levantarse ó sentarse los concurrentes. El humo del incienso perfumaba aquella atmósfera; Marcy lo contemplaba perdiéndose allá en lo alto. Los acólitos, sosteniendo grandes hachas de madera, reían al notar que la llama enrojecía sus semblantes y al ver proyectarse en sus sobrepellices el reflejo de un cristal azul.

—¡Yo haría este cuadro!—decía Felipe.—Si pudiera sostener un pincel, lo haría.

Y se complacía en aquella visión tantas veces observada. Una fila de sacerdotes, con casullas de terciopelo negro bordado en oro, se volvía hacia el catafalco en que yacía él. El cura daba vueltas á su alrededor rociándolo con agua bendita, y como andaba bastante de prisa, uno de los capellanes que sostenían su capa pluvial, no pudiendo seguirlo, parecía que se ahogaba. Tieso y grave, el maestro de ceremonias apoyaba la mano derecha, cubierta de guante negro, en el abultado puño de



plata de su bastón y sostenía con la izquierda la historiada alabarda.

Los cánticos continuaban. Ya era un temblor, un suspiro desgarrador del órgano, dulce como una plegaria, suplicante como una queja, ó bien rugidos de trueno, ráfagas de tempestad, acentos de terror y de amenaza. Seguían ardiendo los cirios, y Felipe, en medio de aquella visión de enfermo, leía distintamente el discurso vulgar que guardaba en su bolsillo uno de los asistentes encargado de dejar caer sobre él los pomposos elogios de la oración fúnebre, cuya misión, como última ironía, estaba encomendada á uno á quien Felipe no tenía el menor cariño.

En efecto, una mañana, París supo que el autor de aquel magnífico cuadro de la *Piedad* que estaba haciendo furor en la Exposición todavía abierta, había muerto en su hotel de la avenida Villiers. La emoción que la noticia causó fué general. ¿Cómo? ¡tan joven! ¡Felipe Marcy, un maestro—sí, verdaderamente, un maestro—una de las esperanzas, ó mejor aún, una de las glorias de la escuela francesa! ¿Cómo había sido? Se habló de pesares sufridos, de crueles amarguras, y los mismos que habían escrito aquellos injustos y desdeñosos artículos contra la *Caridad*, hacían constar que la crítica había estado inícua con un hombre cuyo talento hacía honor á su país. En los escaparates de la calle Vivienne se exhibieron fotografías de Marcy; su retrato estaba en poder de los grabadores para aparecer en las publicaciones ilustradas. El elogio caía sin tasa sobre aquella frente pálida, como una crueldad más. El jurado trató desde

luego de otorgar, como último homenaje, la gran medalla de honor al autor de la *Piedad*.

Felipe murió después de haber confiado á Enrique, que no le abandonaba un momento, á Charrière y á la vieja Valeriana, aquel niño, á quien por última vez acababa de abrazar. El pintor no dejaba ninguna fortuna; su hotel que estaba hipotecado, sus bocetos, sus estudios, poca cosa. Pero estaba seguro de que á su Andresito no había de faltarle proteccción. Enrique Roquevert creyó ver en los labios de su maestro, cuando hubo expirado, una sonrisa parecida á la que había visto dibujarse en los de Elena. Las esquelas mortuorias, redactadas por Enrique, no llevaban el nombre de Sabina. Esta había sido la expresa voluntad de la abuela.

—Ella aquí no es nada—decía la anciana con tono violento.—¡No es ni esposa ni madre! ¡Me arrebató á Felipe, pero no me llevará á Andrés, aunque tenga para ello que recurrir á la justicia!

Le parecía que aquel muerto, su Felipe, su hijo, había sido asesinado lentamente.

No se separó del cadáver hasta que la multitud de los invitados, el tropel numeroso de los que habían conocido, admirado, querido y hasta envidiado y atacado á Felipe, invadió el hotel, cubierto de tapices negros con una M grande de plata en el escudo del centro. Entonces, desconsolada, se encerró en un cuarto que daba á la calle, con Charrière y el pequeño Andrés.

Enrique recibía á los invitados, entre los cuales se veía á muchos personajes célebres, desconocidos, y aun cusiosos.

La muerte abría los rincones secretos á las



gentes que allí acudían, llevadas muchas por la curiosidad; se empujaban, se amontonaban en la escalera y se metían por todos lados poniendo la cara compungida. En aquella siniestra invasión, en aquel codeo de gentes enlutadas, de mujeres con velos, en aquellos apretones de manos, se cruzaban en voz baja las palabras de siempre, las lamentaciones acostumbradas, los suspiros verdaderos ó falsos del dolor ó de la comedia del dolor. Allí se encontraban los antiguos compañeros, después de algunos años de separación, se reían involuntariamente á dos pasos del mismo feretro. «¡Toma, eres tú!—¡Ah, que casualidad!—¡No has cambiado!—¡Oh, sólo el pelo!—¿Y este pobre Marcy?—¡Es una desgracia!—¡Buen muchacho!—¡Y qué talento!»

Allí se veía á Baloche y Lemenil; después de todo, ellos habían sido camaradas de Felipe. No había que hablar de sus cuadros, pero no se podía negar que era un «buen muchacho» que alguna vez peleaba en favor de los *jóvenes*. Además no les disgustaba confundirse con las gentes ilustradas. Habían acudido los miembros del Instituto, los profesores de la Escuela, la tribu de los de *fuera de concurso*, *de los que mandaban*, como decía Baloche. Y los independientes solicitaban un saludo, una sonrisa, una mirada de aquellos «medallones» que les arrebataban su gloria y les robaban una parte de su brillo.

La casa entera parecía tomada por asalto por aquella multitud creciente que, con la mayor naturalidad, se entretenía en buscar las firmas de los cuadros, en discutir su valor y su mérito, en

revolver lo que tenía Marcy en su estudio para ver si dejaba algo empezado; de todo aquello resultaba un ruido sordo, confuso y triste, de voces, pasos y conversaciones, que llenaba las habitaciones del hotel de un melancólico murmullo parecido al del mar.

—¿Pero por qué viene tanta gente?—preguntaba Andrés sorprendido á Charrière y á Valeriana, que no le respondían.

Por los balcones cerrados de aquel cuarto en que se habían refugiado, penetraban los rayos del sol, proyectando alegre luz sobre los tapices, y formando extraño contraste con la tristeza que allí había, hacían inclinar la cabeza á la pobre abuela, que tantas separaciones crueles había presenciado ya. Aplanada en una butaca, pasaba las heladas manos por la frente del pequeño, que era todo lo que le quedaba de la carne de su carne. A su lado estaba Charrière flaco, aniquilado, como si saliera de un infierno, después de aquella prueba en la que había dejado su vida, en la que había perdido la fe en sí mismo y en el arte, diciendo á la madre con su voz irónica en otro tiempo y entonces abatida:

—¡Es Felipe que revive en él! ¡Es vuestro hijo! ¡Pobrecito! Entre los dos le educaremos..... sí, sin pedir á nadie nada..... á nadie—continuó diciendo al reparar en el estremecimiento involuntario de Valeriana, que sin duda había recordado á Sabina.

Y Charrière, pensativo, se repetía por lo bajo, volviendo contra sí su sarcasmo de otra época:

—Tú no tienes talento, has acabado, Charrière, y no puedes acusar de ello á nadie. Si no has hecho estatuas, es porque no eres capaz de concebirlas. Las mujeres sólo dejan huecos á los tontos. ¡Felipe dejará un nombre, tú, nada! Pero siquiera podrás alimentar con tu oficio á alguno, puesto que has sostenido á una mujer. ¡Ya que no has sido artista, se al menos un buen obrero! Tienes el deber de educar un niño.



Y dirigiéndose á aquel muerto que iban á llevarse, como si Felipe estubiese oyéndole:

—No te preocupes, aquí estoy yo, Felipe—continuaba.—El pequeño tiene aún una madre, la tuya, y si Barbedienne encuentra que este imbécil de Charrière está demasiado acabado, demasiado usado, que su mano ha amasado mucho barro, ¡bien! yo trabajaré en zinc para la casa de Alejo Brecheux, y nada faltará al pequeño Andrés, mi buen Felipe.

Andrés iba, venía, corría, turbado é inquieto por todo aquel ruido, por el eco de los pasos que se oían en la escalera, por toda aquella gente, por las negras ropas con que le habían vestido y que tan feas le parecían..... tan feas..... El pobre niño comprendía, por las miradas afligidas de la abuela, por la palidez de Charrière, que alguna cosa lúgubre ocurría en su casa. ¿Por qué la mamá no volvía, ya que papá se marchaba? Y se iba, sí; él lo sabía, lo había oído decir en la cocina. ¿Y *á dónde se iba?* Andrés no quería que partiera, quería ir con él. ¿Papá le dejaba solo? ¿Por qué? El eterno *¿por qué?* de la infancia asomaba á sus labios secos, que instintivamente parecían abrirse con tristeza, á la vez que sus miradas, profundas como el infinito, parecían esperar una respuesta que el

pequeño no entendía y que provocaba entonces y para siempre un pavoroso, un terrible y cruel *¿por qué?*

Sí; ¿por qué le decían que se callara? ¿Por qué mamá Valeriana le tenía entre sus brazos apretándole tan fuerte y derramando lágrimas ardientes, que caían sobre él como las de papá cuando estaba triste? Y en todas partes, en todos los rostros y en todas las miradas el pequeño Andrés fijaba sus negras y dilatadas pupilas que parecían arder en su carita pálida.

De pronto oyó un gran ruido abajo en la calle; escapándose de los débiles y temblorosos brazos de la abuela, corrió á la ventana, y poniéndose sobre las puntas de sus pies, miró azorado al exterior, y vió—allí, bajo las ventanas—soldados con los cuellos amarillos y los pantalones rojos que se colocaban en dos filas á los lados de un carruaje, sobre el que iba una caja que cubrían muchas flores, que ocultaban casi una cinta roja de la que pendía una cruz, sujeta al negro paño. Comprendió el niño que aquel triste carruaje que se parecía á los que él había encontrado alguna vez en la calle y ante los que se descubrían los transeuntes, iba á recoger, iba á llevarse á su padre.

—¡Mamá Valeriana, mamá Valeriana!—dijo con su vocecita angustiada y temblando todo su cuerpo.—¡No les permitas, no les permitas á los pícaros soldados que vengan á llevarse á papá!

—Lleváos este niño—dijo amablemente la abuela á la niñera.—Que no vea.....

Fué preciso quitar á Andrés, que lloraba y suplicaba, de aquella ventana en la que poco á poco



la abuela ocupó el lugar que él había dejado y con el pañuelo en la boca mordiéndole entre sus dientes, siguió con la vista la negra silueta de aquel carro guarnecido de plata que lentamente se ponía en marcha.

Caballeros condecorados, luciendo corbata blanca y con la cabeza descubierta, sostenían en cada lado las cintas del féretro. La muchedumbre se fijaba en ellos nombrándolos en voz baja; Valeriana no los conocía.

A través de los cristales veía desfilar aquella lúgubre comitiva, aquella multitud de personas vestidas de luto, aquellas dos filas de soldados con el fusil á la funerala; contemplaba los vivos rayos de aquel sol que se proyectaba sobre toda aquella gente haciendo brillar los galones de plata, los ornamentos fúnebres, los blancos penachos que oscilaban con los movimientos de los caballos. Y para acompañar aquel cortejo fúnebre, que se alejaba, sonaron sordos redobles de tambor que llegaban á la pobre madre como golpes descargados en su corazón. Sí, verdaderamente herían el corazón maternal aquellos redobles que hacían los honores á Felipe Marcy, y que Marcy no oía.

Sollozos desconsoladores ahogaban á la pobre anciana, cuyas manos apretó Charrière cariñosamente antes de separarse de ella para acompañar á Felipe *allá*, repitiéndole siempre la misma frase: «Animo..... ánimo.....» y pareciéndole que á través de sus lágrimas mamá Valeriana pronunciaba, con el nombre adorado de su hijo, el nombre detestable de Sabina, llenándola de maldiciones.

Soplaba una brisa fresca que movía suavemen-

te las verdes hojas, cuando por la larga avenida caminaba serpenteando el negro cortejo, habiéndose alejado ya el coche fúnebre hasta hacerse casi invisible y percibiéndose por encima de las cabezas el ancho sombrero galoneado del cochero y los penachos de las caballos. Había desaparecido y todavía era mucha la gente estacionada en las escaleras y en los alrededores del hotel, que esperaba que todo aquel público se pusiese en marcha, para seguir el movimiento.

Los retrasados, ávidos de no ser olvidados por los *reporters*, levantaban, para poder pasar, las pesadas colgaduras negras que había en la puerta, y luego se precipitaban, se atropellaban en el vestíbulo, en la antecámara, en todas partes, pidiendo plumas para inscribir sus nombres.

Y como en las extensas caras de papel blanco puestas allí sobre una mesa, al extremo de la escalera, no quedaba ya sitio para poder firmar—tan llenas estaban de rasgos y rúbricas febrilmente trazados, en las que se veían, al lado de nombres desconocidos otros que representaban celebridades, y de los cuales tomaban notas los periodistas—un criado trajo precipitadamente una cartera que había encontrado abandonada arriba sobre una mesa, una cartera de piel de Rusia que abrió buscando papel en las divisiones de moaré violeta del escritorio y en la que Sabina guardaba sin duda en otro tiempo sus papeles.

—¡Aquí hay donde firmar, señores!—dijo.

Y sacudiendo violentamente la cartera, hizo caer sobre la mesa gran confusión de papeles de formas variadas, viejas cartulinas de canto dorado, sobres satinados, programas de conciertos, antiguas invitaciones, todo el resto de aquellas fiestas pasadas que atraían y entusiasmaban á Sabina, y que, no hacía mucho, daba todavía ella en aquel hotel entonces de luto.....



Sobre aquellas cartulinas amarillas trazaban todos con mano rápida sus firmas y derramaban—en lugar de lágrimas—gotas de tinta que quedaban fijas sobre el bristol impreso, en el que se leían estas irónicas líneas: «*Los señores de Marcy recibirán el sábado 25 de Enero. Se bailará.*»

FIN.